

La pérdida del Estado céntrico

The Loss of Centralized State

Pablo Armando González Ulloa Aguirre*

La creencia en el gobierno espontáneo debe impedirnos ver el papel del gobierno en la vida económica. Este papel consiste con frecuencia en la alteración del ritmo de cambio, acelerándolo o retardándolo, según sea el caso: si creemos que este ritmo es inalterable —o aun peor, si consideramos un sacrilegio intervenir en él— entonces, desde luego, no quedará lugar para una intervención.

Karl Polanyi

La centricidad del Estado puesta en cuestión

En este ensayo trataremos la caída del Estado como el ente soberano, omniabarcante y proveedor de seguridad social de la población de manera generalizada. Lo importante es entender cómo es que lo sustituiría el mercado —si es que lo logra—, y las repercusiones que esto acarrearía en el aspecto social. De acuerdo con el discurso liberal, de Hayek a Huntington, el Estado era demasiado rígido, poco fluido, centralizado y omniabarcante. La burocracia y las empresas paraestatales eran grandes e ineficientes.

Hayek señalaba que “la libertad está críticamente amenazada cuando se da al gobierno el poder exclusivo de proporcionar ciertos servicios, poder que, a fin de lograr su propósito, tiene que usar la coerción discrecional de los individuos”.¹ Así, la planeación económica se vuelve coercitiva y limita la libertad democrática de los individuos para crear un nuevo consenso social.

* Maestro en Estudios Políticos por la UNAM, actualmente estudia el doctorado en Ciencias Políticas y Sociales con especialidad en Ciencia Política. Es profesor adscrito al Centro de Estudios Políticos en la FCPYS-UNAM

¹ Friedrich A. Hayek, *The Constitution of Liberty*, University of Chicago Press, Chicago, 1960, pp. 289-290, citado por Albert Hirschman en *Retóricas de la reacción*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 130.

Huntington, por su parte, comparte casi la misma visión al argumentar que la libertad y la democracia se veían amenazadas ante el creciente poder del Estado por medio de la seguridad social.² La sobrecarga de demandas y la falta de respuestas del Estado tendrían como consecuencia una crisis de gobernabilidad, pero con las libertades limitadas por el gran aparato burocrático.

El mercado, en cambio, no limitaba la libertad: era el espacio en donde la forma acuosa del Estado se podía hacer más fluida y llegar a diluirse. Así, lo importante era que el Estado se comportara de la manera que exigía el mercado, que se volviera más flexible, menos denso, más líquido y que pasara de ser subsidiador a regulador.³

El Estado céntrico (de bienestar, paternalista, social, etc.), como aquel que dotaba de certezas a las personas, comenzó a desaparecer a finales de los años ochenta, bajo el argumento de que era demasiado ineficiente en comparación con el mercado y que limitaba las libertades y la democracia.

De esta forma, el abandono del lugar preponderante del Estado respondió, en gran medida, a los déficit fiscales crónicos durante la década de los años setenta.⁴ La famosa Comisión trilateral⁵ parecía tener la respuesta a este problema: más mercado y menos Estado, más libertades y menos restricciones, el reino del individuo por fin; esa podía ser la solución (y al parecer la única) para salir del atolladero, tal vez valía la pena intentarlo.

Las contradicciones del Estado y el mercado

Ninguno de los teóricos, ya fuera desde la izquierda (Habermas y Offe) o desde la derecha (Luhmann, Crozier y Huntington), se imaginaron las consecuencias a las que el adelgazamiento excesivo del Estado podía llevar, en especial en los países de economías emergentes.

² Véase Michel J. Crozier, Samuel P. Huntington y Joji Watanuki, *The Crisis of Democracy: Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*, New York University Press, Nueva York, 1975 (en especial el capítulo sobre Estados Unidos).

³ Esta idea tiene que ver con lo manejado por Zygmunt Bauman en su idea de Modernidad líquida. Véase Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004.

⁴ México elevó su deuda externa de 4 mil millones de dólares en 1970 a 50 mil millones en tan sólo 10 años, para duplicarse en los siguientes seis. Brasil, por su parte, elevó de 20 mil millones a 105 mil millones en sólo una década, y Argentina pasó de casi tres mil millones a más de 27 mil millones. Véase Germán Pérez Fernández del Castillo, "La reforma del Estado en México. Una revisión crítica" en Antonio Camou (comp.), *Los desafíos de la gobernabilidad*, Plaza y Valdés, México, 2001, p. 245.

⁵ Véase Michel J. Crozier, Samuel P. Huntington y Joji Watanuki, *op. cit.*

Pobreza, marginación, inseguridad tanto social como personal, aumento de la desigualdad, desempleo, migraciones masivas, afianzamiento del crimen organizado y una larga lista de etcéteras fueron sólo algunos de los efectos negativos de la paulatina pérdida de centralidad del Estado.⁶ De esta manera, en los años ochenta, como resultado de una crisis estructural y de planteamientos teóricos dictados desde la academia, el Estado de bienestar dejó el lugar preponderante que tenía dentro de la vida social como ese espacio en el que se dotaba de certezas a las personas.

Un Estado excesivamente grande parecía intervenir de tal forma que las personas no estaban dispuestas a sacrificar su individualidad por defender una figura que a todas luces parecía estar agotándose;⁷ la seguridad social se volvía demasiado cara y fomentaba que la gente trabajadora mantuviera a miles de holgazanes que no habían buscado sus propias oportunidades. Así, entramos a la época del *do it yourself* o, como dice Ulrich Beck, de construir tu propia biografía, no importando si las condiciones estructurales son adecuadas o no.⁸ La socialización de los riesgos individuales por parte del Estado ya no era rentable. La idea era focalizar esos apoyos que antes eran un derecho para todos, hacia grupos vulnerables específicos, como personas con capacidades distintas y grupos indígenas en extrema pobreza, entre otros.

No era posible seguir resistiendo los grandes déficit presupuestarios, pero se demostró que era falso que el mercado podía subsanar todos los males del Estado, ya que el primero no puede corregir sus propias fallas, hecho que se hizo evidente con la crisis de 1929. Una rama de la teoría económica reconoce (Keynes, Minsky y Stiglitz) al Estado como el encargado de corregir las fallas de la economía, que tiene como atribuciones principales las siguientes: a) redistribución de la renta; b) estabilización de la economía; y c) asignación de recursos.⁹

A pesar de las lecciones históricas y de la propia teoría, el mercado cree poder sobrevivir por sí mismo corrigiendo sus propias fallas, por lo que más

⁶ Ahora el mercado no garantiza el empleo y, peor aún, pauperiza el que queda. También hay que anotar que el Estado de bienestar no pudo resolver la cuestión de la concentración de la riqueza, ésta no se manifestaba de la forma en la que lo hace hoy. Es evidente que no era un mundo con certezas absolutas, pero había muchas más de las que se ofrecen ahora; por ejemplo, no todos tenían empleo, pero éste no era flexible ni efímero, y podía procurar el mínimo de bienestar.

⁷ Niklas Luhmann, *La teoría y la política en el Estado de bienestar*, Alianza Universidad, Madrid, 1993.

⁸ Ulrich Beck, "Vivir nuestra propia vida en un mundo desbocado: individuación, globalización y política" en Anthony Giddens y Will Hutton (eds.), *En el límite. La vida en el capitalismo global*, Tusquets, Barcelona, 2001.

⁹ Gustavo Vargas Sánchez, *Introducción a la teoría económica. Aplicaciones a la economía mexicana*, Prentice Hall, México, 2002, p. 576.

mercado exige menos política. Así, reformar indica despolitización de la economía.¹⁰

Sin embargo, reformar no implica atender a la incapacidad del mercado para regularse a sí mismo, pues sus principales fallas son: la tendencia hacia el monopolio, la inflación, el desempleo y la desigual distribución de la renta y la riqueza. El mismo Adam Smith hablaba de la “sociedad bien gobernada”¹¹ para que la riqueza en verdad pudiera llegar a toda la gente.

A pesar de que los economistas han estado conscientes de los problemas que puede acarrear un mercado a la manera *laissez faire, laissez passer*, organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial parecieron ignorar todo lo anterior, fomentando menos Estado y más mercado; esto es, menos regulaciones en todos los ámbitos (laborales, aduaneras, financieras, etc.) y despolitización de la economía.¹²

A través de estas tres últimas décadas el Estado perdió su superioridad frente al mercado, lo cual es evidente ante la fuerza que han logrado los capitales alrededor del mundo; de tal suerte, nadie imaginó que las transacciones financieras y los monopolios alcanzaran la magnitud que presentan.¹³

Ahora, si la pauta la marcan los capitales, lo que debe importar es la eficiencia y nada más; todo lo que escape a sus términos y sea poco rentable pierde toda justificación de existencia. De esta manera,

¹⁰ Norbert Lechner, “Las transformaciones de la política” en *Revista mexicana de Sociología*, vol. 58, núm. 1, enero-marzo 1996, México, pp. 3-16.

¹¹ Adam Smith, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, p. 14.

¹² Después de décadas en las que el Estado fungió como pieza clave en el desarrollo económico de los países, tanto desarrollados como subdesarrollados, a pesar de sus posibles ineficiencias, éste funcionaba como un instrumento para paliar las grandes desigualdades mediante la redistribución del ingreso y de la riqueza, ya fuese por medio de impuestos o por las grandes empresas que manejaba, las cuales no estaban apegadas sólo al mayor beneficio posible (que ciertamente fue la debacle de muchas de éstas), pero esto era una forma de evitar la acumulación de capital, tal como sucede en los países nórdicos, en donde hay una buena distribución de la riqueza.

¹³ Esto es más que evidente ante los grandes monopolios que han surgido en estos últimos años. Simplemente la cifra del negocio anual de las 200 mayores multinacionales “es nada menos que la cuarta parte (26.3 por ciento) de la producción mundial, crece a un ritmo doble de lo que crece el Producto Interno Bruto de los 29 países industrializados que integran la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), y supera ya a la producción total sumada de los otros 182 países que no forman parte de la OCDE, pero donde vive la inmensa mayoría de la humanidad”. Véase Arturo Van den Eynde, “El poder de las multinacionales” en *Rebelión*, 3 de septiembre de 2003, disponible en <http://www.rebelion.org/economia/030902eynde.htm>, consultado el 4 de enero de 2010.

(...) hacia fines del siglo xx, el poder normativo de los Estados-nación, y particularmente su capacidad práctica para la regulación normativa soberana, había sido socavada casi por completo. Las empresas (particularmente las grandes empresas transnacionales, las empresas que verdaderamente importan cuando se trata de equilibrar las cuentas del Estado y asegurar la vida de los sujetos) habían apostado, y con éxito, a independizarse del ámbito de la soberanía estatal.¹⁴

Al socavar la soberanía estatal,¹⁵ el mercado permeó todo. Durante décadas la lucha había sido entre el Estado y el mercado, donde el primero había logrado subordinar al segundo o, cuando menos, imponerle algunas restricciones para alcanzar cierto equilibrio, pero a partir de los años ochenta, más allá de que se diera dicho balance, el mercado comenzó a ser omniabarcante, utilizando al Estado como un instrumento para autoperpetuarse.¹⁶ Por lo general el mercado ha sido un medio que el Estado ha utilizado para lograr ciertos fines; no obstante, éste ha tendido a convertirse en el fin en sí mismo.

Antes de que sucediera lo anterior, la organización estatal fue una precondition para el desarrollo de los mercados. Si echamos un vistazo a la historia, se hará evidente que los países desarrollados, o los que han llegado a ser grandes imperios, siempre han tenido una gran injerencia sobre la economía, manejándola de manera implacable y aplicando medidas proteccionistas sobre sus fronteras. “Los partidarios del librecambio creen ir en sentido de la historia. Sin embargo, los hechos históricos son inapelables: cuando los países actualmente desarrollados —en especial Gran Bretaña y Estados Unidos— aún no lo eran, jamás aplicaron ninguna de las políticas que ahora aconsejan”.¹⁷

Es evidente que economías fuertes, con instituciones fuertes, pueden comenzar procesos de adelgazamiento (con límites) del Estado, y que las

¹⁴ Zygmunt Bauman, *La sociedad sitiada*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004, p. 265.

¹⁵ El Estado al estilo westfaliano se entendía como aquel que tenía el control sobre su territorio, población y gobierno; ahora esto ha cambiado, ya que los Estados cada vez tienen menos control sobre dichos elementos ante la inclusión de nuevos actores en el orden internacional, es decir, son menos soberanos.

¹⁶ Para tener una idea de la magnitud de los nuevos actores basta con la siguiente cita: “(...) por el momento el 53 por ciento de toda la creación de riqueza económica procede de corporaciones transnacionales y no de empresas que actúan a nivel nacional. Con ello se reducen considerablemente las posibilidades de influjo del Estado nacional y de los correspondientes gobiernos de crear puestos de trabajo y asegurar el bienestar de los ciudadanos”. Véase Ulrich Beck, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Paidós, Buenos Aires, 1999, p. 147.

¹⁷ Ha-Joon Chang, “Las bondades del librecambio: una superchería histórica” en Ignacio Ramonet, Joseph Stiglitz (*et al.*), *¿Qué es la globalización? ¿A quiénes beneficia? ¿A quiénes perjudica?*, Aun creemos en los sueños, Santiago de Chile, 2004, p. 48.

consecuencias no serán tan severas como lo serían en países en las que dichos elementos son deficientes.¹⁸ Ante instituciones fuertes hay un sistema legal que garantiza el buen comportamiento de la economía en cuanto a cumplimiento de contratos, control de niveles de inflación y lucha en contra de los monopolios. No obstante, las fallas referentes a la mala distribución y el desempleo son más difíciles de subsanar, lo que deriva en consecuencias sociales muy acentuadas, tanto en países con instituciones débiles como fuertes. Todo lo anterior se ve recalcado ante la falta de valores éticos, pues

(...) los poderes económicos son libres de seguir sus propias reglas, o para el caso, de ignorar por completo toda regulación. Este nuevo vacío surgió como resultado de la emancipación de los poderes económicos, de los poderes legislativos y de la vigilancia del mismísimo Estado-nación que dos siglos atrás había logrado ponerle freno a las fuerzas económicas que se habían zafado del control comunal.¹⁹

El mundo se encuentra “ordenado” de tal forma que la pelea por los capitales se vuelve feroz, las grandes empresas han entrado en una lógica de movilidad y ya no están sujetas a un lugar específico, aunque todavía necesitan de ciertos Estados para que puedan darle mayor fuerza a sus reclamos. Pero esto no quiere decir que asuman una responsabilidad social con una comunidad en específico; si las condiciones no les son favorables, las corporaciones se mudan o simplemente cambian de código postal y/o se “sitúan” en un paraíso fiscal.

El tiempo en el que las empresas tenían cierto arraigo respecto a su lugar de origen tiene cada vez menos vigencia.²⁰ “La decadencia del dinero viejo y de su ética de la responsabilidad cívica ha hecho que en la actualidad las lealtades locales y regionales estén tristemente atenuadas”.²¹ Pero más allá de los Estados y las regiones, hay una total desvinculación entre las empresas y sus obreros;

¹⁸ No obstante, muchas veces por más fuertes que parezcan ser las instituciones, éstas pueden verse rebasadas por el poder de las grandes empresas, podríamos citar el caso de México con el Fondo Bancario de Protección al Ahorro (FOBAPROA), pero ahora es más útil el caso de Enron, el modelo empresarial por excelencia en Estados Unidos y a nivel mundial hasta antes de su quiebra. Esta empresa se declaró en quiebra dejando en ruina a sus empleados, donde fueron más que evidentes los malos manejos en los que se incurrieron, sin que ninguna autoridad hiciera algo hasta que se produjo el desastre financiero de la misma.

¹⁹ Zygmunt Bauman, *La sociedad sitiada*, *op. cit.*, p. 266.

²⁰ Tal vez las limitaciones tecnológicas en ciertos países puedan seguir siendo cierto obstáculo para que las empresas se muden a éstos, pero hay una gran cantidad de países que ofrecen obreros calificados y la infraestructura necesaria, lo cual crea una férrea competitividad por atraer a las empresas.

²¹ Christopher Lash, *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*, Paidós, Barcelona, 1996, p. 14.

debido a la constante rotación laboral, ya no hay un compromiso a largo plazo de los obreros ni de la empresa y todos son reemplazables de acuerdo a las necesidades del mercado.

El tiempo de las grandes empresas paraestatales o privadas, en el cual los obreros gozaban de prestaciones que les permitían tener un buen nivel de vida, parece cada vez más lejano, al tiempo que la diferencia de salarios entre los directivos de las empresas y los obreros se hace cada vez más abismal.²² En la actualidad, el Estado ya no tiene la posibilidad de asegurar que se cumplan las garantías laborales ante la recurrente desvinculación de las empresas y la constante competencia entre los países por atraerla.

La implacable rivalidad por atraer empresas refleja una limitante en la soberanía de los Estados, que aunque *de jure* puedan seguir dictando ciertas normas, han “perdido en la práctica la efectividad y el poder para llevarlas a cabo (...)”.²³ La complejidad del nuevo escenario internacional está sobrepasando a los Estados, y éstos siguen pensando de forma local ante los problemas globales. Actualmente tienen dos opciones: o se ajustan creando organizaciones regionales mediante las cuales puedan tener una influencia decisiva en la toma de decisiones, o adaptan sus economías a las necesidades de los mercados internacionales y sacan provecho de la férrea competición por los capitales y la tecnología.

El espacio de la política está cada vez más limitado ante los nuevos poderes fácticos y tal parece que el tiempo no ha pasado para los Estados, ya que siguen creyendo que se encuentran en el viejo orden mundial, en el cual las negociaciones tenían que pasar por sus instituciones y conservaban cierto margen de maniobra ante los posibles embates en su contra.

Política y mercado

A pesar de estos procesos de individualización, ahora es preciso tomar en cuenta a los nuevos actores que están operando en el nuevo escenario global: “‘grupos de presión’ (asociaciones de fabricantes, cámaras de comercio,

²² “Las desigualdades globales crecen: desde 1960 hasta el año 2000 la participación del 20 por ciento más rico de la población mundial en los ingresos globales ha aumentado del 70 al 90 por ciento, mientras que la participación del 20 por ciento más pobre ha disminuido del 2.3 por ciento a aproximadamente 1 por ciento”. Véase Ulrich Beck, *Poder y contrapoder en la era global. La nueva economía política mundial*, Paidós, Barcelona, 2004, p. 54.

²³ Gina Zabłudovsky, *Sociología y política, el debate clásico y contemporáneo*, FCPYS-Miguel Ángel Porrúa Editor, México, 2002, p. 102.

organizaciones sindicales, etc.) y de numerosas organizaciones independientes y movimientos sociales que buscan incidir y propiciar un cambio a nivel mundial (grupos ecologistas, asociaciones antinucleares, defensores de derechos humanos, etc.)”,²⁴ ya que estas fuerzas “han planteado problemáticas, preguntas acerca de la relevancia y eficacia de los Estados-nación como formas de agrupación significativas para recapacitar sobre la actividad económica, y mucho menos para gestionarla”.²⁵ Tal vez en un futuro estas “redes transnacionales de defensa”²⁶ puedan ser los nuevos espacios de referencia de la política; sin embargo, por el momento, estos grupos carecen de la legitimidad necesaria, debido a que no son atravesados, la mayoría de ellos, por procesos democráticos en su interior y hablan como representantes de la sociedad civil global sin realmente serlo.

Lo anterior demuestra que los espacios de la política dejan de ser los tradicionales y surge la subpolítica: espacios fuera del dominio de la política, pero que tienen una gran influencia sobre ésta. En otras palabras, la subpolítica son los espacios informales donde se toman decisiones que afectan todo el entorno, ya sea social, económico, cultural o político.

Antes los espacios de la política se reducían a los medios institucionales; ahora, frente a la inclusión de nuevos espacios, la política tradicional se ve rebasada en su accionar. A decir de Lechner, el descentramiento del Estado produjo a su vez un descentramiento de la política que desdibujó su anclaje institucional.²⁷ Ante la inmediatez que exige el mercado se recurre a medios extrainstitucionales, los cuales a su vez generan acuerdos informales, menguando aún más la preponderancia de la política. Aquí se da la paradoja: un mercado que exige la inserción en un marco institucional a la vez inhibe su institucionalización.²⁸

Si seguimos haciendo una revisión minuciosa, “el declive de la autoridad de los Estados se refleja en una difusión creciente de la autoridad en otras instituciones y asociaciones, en órganos locales y regionales, y en una asimetría creciente entre los Estados mayores con poder estructural y los Estados más débiles que no lo tienen”.²⁹ La política deja sus espacios tradicionales mercantilizándose, informalizándose en otros en los que se ve rebasada y no puede hacer planes a largo plazo.

²⁴ *Ibidem*, pp. 116-117.

²⁵ Kenichi Ohmae, *El fin del Estado-nación*, Santiago, Andrés Bello, 1997, p. 12.

²⁶ Margaret E. Keck y Kathryn Sikkink, *Activistas sin fronteras*, Siglo XXI, México, 2000.

²⁷ Norbert Lechner, *op. cit.*, p. 10.

²⁸ *Ibidem*, p. 11.

²⁹ Susan Strange, *La retirada del Estado. La difusión del poder en la economía mundial*, Icaria Editorial-Intermón Oxfam, Barcelona, 2003, p. 23.

El viejo mundo se ha despedazado, sentenciaba George Bush padre:

(...) lo más notorio es que con el final de la Guerra Fría, el viejo y familiar modelo de alianzas y oposiciones entre los países industrializados se ha fracturado hasta un punto que hace imposible su reparación. Menos notorio, pero con toda probabilidad mucho más importante, es que el Estado-nación moderno, ese artefacto de los siglos XVIII y XIX, ha empezado a venirse abajo.³⁰

Ante el poco control que hoy tiene el Estado sobre la economía, éste comienza a volverse poco eficiente hacia adentro y hacia fuera, tanto que “ya no puede contener los conflictos étnicos ni, por otra parte, las fuerzas que impulsan hacia la globalización”.³¹ Susan Strange resume lo que es la piedra de toque ante el nuevo análisis a realizar sobre la nueva realidad mundial: “las fronteras territoriales de los Estados ya no coinciden con los límites que la autoridad política mantiene sobre la economía y la sociedad”.³²

El hecho de que la economía comience a ser el único punto de referencia o, mejor dicho, el único punto de coincidencia, da paso a que el mercado se conciba como un orden autorregulado y autoproducido, con lo que se asume que deviene de forma natural y no hay forma de intervenir en éste.³³ El futuro, entonces, no depende de los hombres; interferir en el mercado significa afectar su libre desenvolvimiento, por lo que es indebido y nocivo.

Los espacios de representación se comienzan a desdibujar: baste mencionar que los sindicatos en Latinoamérica eran zonas de expresión de los más diversos grupos. En México, por ejemplo, el corporativismo del Partido Revolucionario Institucional daba una representación tripartita: sindicatos (trabajadores), empresarios y gobierno. Esta forma de representación fue efectiva durante muchos años, creando un equilibrio de poderes de esos tres sectores, activando en términos políticos a la sociedad. Sin embargo, esta modalidad ha perdido vigencia, ya que su frágil equilibrio se ha roto, debido a que los trabajadores tienen cada vez menos poder de representación ante estos otros dos actores, y no han asumido una forma diferente de organización que les permita recuperar un lugar significativo de influencia dentro de la toma de decisiones políticas.

Siguiendo con los partidos políticos, éstos sirvieron por muchos años como una válvula de escape al descontento social, institucionalizando a los

³⁰ Kenichi Ohmae, *op. cit.*, p. 21.

³¹ Christopher Lash, *op. cit.*, p. 49.

³² Susan Strange, *op. cit.*, p. 7. Esto debido a que su capacidad de acción se ve cada vez más acotada.

³³ Norbert Lechner, *op. cit.*

diversos sectores de la población de forma corporativa.³⁴ La población se sentía identificada con el partido que más se ajustara ideológicamente a su forma de pensar o con el que le ofreciera las mejores soluciones a sus problemas. El clientelismo fue la forma de agrupación dentro de los partidos: mediante la disciplina partidista otorgaba a sus afiliados desde puestos de trabajo hasta respuestas a sus demandas más básicas. Con lo anterior no queremos defender este modelo de organización política entendiéndolo como el que propiciaba las mejores formas democráticas, pero sin duda otorgaba espacios de participación en sociedades tan heterogéneas como las nuestras.

No obstante, esta forma de organización también sufrió un quiebre, pues los partidos políticos se comenzaron a desdibujar ideológicamente y a volverse *catch all parties*, pero esto no fue lo más grave, sino que se subordinaron a intereses que no eran propios de la nación. La política, vía los partidos políticos, también comenzó a ser privatizada y el bien común (el desarrollo igualitario de la población, en donde existieran los medios para lograrlo) se subordina al de los actores económicos, principalmente. Beck lo plantea de esta forma: “Las instituciones sociales (los partidos políticos, los sindicatos, los gobiernos, etc.) se convierten en conservadores de una realidad social que hay cada vez menos”.³⁵

En el caso de México, el poder que han obtenido las grandes empresas es muy evidente: ejemplo de ello son la aprobación de la ley de radio y televisión, el impuesto al tabaco y a los cines.³⁶ Si bien es cierto que la política debe ser un espacio de negociación constante, también lo es que en estos últimos años ha sido subordinada a decisiones inmediatistas, dejando de lado los planes a largo plazo que antes la caracterizaban. Simplemente en Estados Unidos cada congresista tiene a 600 cabilderos profesionales de las transnacionales tras de sí. En México la cifra no es clara, pero en los últimos años se ha visto un gran auge de las consultorías que se dedican a hacer cabildeo ante el Congreso.

De esta manera, la política se vuelve un estorbo y el mercado domina espacios tradicionales de la política (pleno empleo, servicios de salud, educación,

³⁴ Sabemos que los partidos políticos tampoco han sido la panacea; por ello, no queremos pasar por alto la crítica que Michels les ha hecho con la oligarquía de hierro, la cual refiere que es un número muy reducido de personas (elites) las que tienen el acceso a los puestos de poder. Véase Robert Michels, “Síntesis de las tendencias oligárquicas de la organización” en *Los partidos políticos*, Amorrortu, Buenos Aires, 2003, pp. 153-180 y Pablo Armando González Ulloa Aguirre, “Las elites políticas y la democracia” en Salvador Mora y Fernando Ayala, *Las elites políticas*, Miguel Ángel Porrúa, México (en proceso de publicación).

³⁵ Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva Modernidad*, Paidós, Barcelona, 2002, pp. 127-128.

³⁶ En estos ejemplos se vio claramente la influencia de los empresarios afectados por estas leyes para evitar su aprobación, subordinando al Congreso.

pensiones), aunque no los domina del todo, sino que deja las cosas a la deriva, a la fuerza de la mano invisible, sin poner orden en ellos. Siguiendo esta lógica, la política deja de ser la encargada de proporcionar el orden social, función que por tantos años le correspondió. “En pocas palabras, en términos de flujos reales de actividad económica, los Estados-nación ya han perdido su papel como unidades significativas de participación en la economía global del mundo (a lo que agregaríamos en la vida social, cultural, laboral, etc.) sin fronteras actuales”.³⁷

Antes los Estados eran, hasta cierto punto, los planificadores de la economía en el mundo occidental. No lo eran al extremo de los planes quinquenales de la antigua Unión Soviética, pero sí tenían más instrumentos para propiciar el crecimiento dentro de la economía, ya fuera por medio de sus empresas paraestatales o por medio de determinadas políticas monetarias; hoy, estos instrumentos están cada vez más lejos de su control. Las grandes empresas, organizadas a través de las fronteras, tienen más poder de decisión que los Estados pequeños, y aún más que algunos Estados que tienen economías más consolidadas. La forma de organización económica internacional hace que las economías de los países sigan lineamientos macroeconómicos muy limitados, lo que restringe aún más su capacidad de acción.

Todo lo anterior ha hecho que la política haya perdido su primacía, y esto no sería problemático si el mercado proporcionara un nuevo orden social. Sin embargo, el mercado no crea instituciones, sino que invita a las personas a que se vuelvan dueñas de su propia biografía y, en contraparte, “la vida en sociedad exige, (...) instituciones y procedimientos de coordinación. La autorregulación social no representa, en la práctica, una alternativa”,³⁸ y menos en sociedades como las nuestras, en las cuales más allá de las contradicciones culturales de nuestras propias sociedades para formar individuos participativos, tampoco existen condiciones materiales. Todo esto tiene como consecuencia falta de participación social, de legitimidad de las instituciones, desencanto por la política y comportamientos anómicos, por mencionar sólo algunas.

En el plano económico, la falla en la propia autorregulación se hace fehaciente con diversos ejemplos, tanto en países del Primer Mundo (recuérdese el escándalo de Enron o el repetido quiebre del sistema bancario en Japón) como en América Latina y Europa Oriental (las privatizaciones fallidas o el FOBAPROA en México), que demuestran que las fuerzas del mercado tienden a ser autodestructivas si no hay un adecuado funcionamiento de instituciones

³⁷ Kenichi Ohmae, *op. cit.*, p. 26.

³⁸ Karl Polanyi, citado en Norbert Lechner, *op. cit.*, p. 8.

que garanticen el adecuado desarrollo de la economía bajo reglas claras.

Por lo tanto, el mercado se comporta de manera paradójica y su relación con el Estado es de amor-odio: por un lado sabe que no puede vivir sin él pero, por otro, intenta desaparecerlo, hacerlo menor, diluirlo, aunque sabe que en los momentos críticos al único que puede recurrir para su rescate es al mismo Estado.³⁹ En estos momentos, la retirada del Estado y la consiguiente “difusión de la autoridad más allá de los gobiernos nacionales ha dejado un enorme agujero vacío de autoridad que podría denominarse desgobernación”.⁴⁰

Los espacios que ha dejado el Estado no han sido ocupados por nadie, han quedado a la deriva; ni siquiera el gran responsable de su debilitamiento, el mercado, los ha podido ocupar. De esta forma, aquí viene la paradoja: “la globalización puede debilitar las viejas estructuras políticas y económicas sin llevar al establecimiento de nuevos sistemas de regulación”.⁴¹ De hecho, uno de sus principios es que “sitúa la referenciación en agentes fuera del control jurídico, político y económico del propio sistema nacional, antiguo espacio de construcción de identidades unitarias, dotación de coherencia e interrelaciones”.⁴² La desgobernación es un problema debido a la pérdida de la orientación simbólica que antes daba la política: ni instituciones ni referentes simbólicos colectivos; sólo vacío y fragmentación y falta de identificación con el Estado, lo que a su vez produce falta de legitimidad.

Durante la segunda mitad del siglo pasado,

el Estado era precisamente una agencia que reclamaba el derecho legítimo —y poseía los recursos para ello— de formular e imponer las reglas y normas a las que estaba sujeta la administración de los asuntos en un territorio dado; reglas y normas que —se esperaba— transformarían la contingencia en determinación, la ambivalencia en *Eindeutigkeit*, el azar en regularidad.⁴³

En este sentido,

la sorprendente persistencia del Estado benefactor solía explicarse por su papel en la creación y mantenimiento de la paz social: protegía mejor la aceptación por los obreros de las reglas establecidas por sus patrones capitalistas, y lo hacía a un costo

³⁹ Ante los quebrantos financieros o de empresas que son estratégicas en los países, la iniciativa privada siempre acude al Estado para evitar un posible efecto dominó.

⁴⁰ Susan Strange, *op. cit.*, p. 35.

⁴¹ David Held, *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*, Paidós, Barcelona, 1997, p. 125.

⁴² Germán Pérez Fernández del Castillo, *op. cit.*, p. 258.

⁴³ Zygmunt Bauman, *La globalización. Consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, p. 82.

más reducido que la ética del trabajo, cuyo único sostén firme habían sido las medidas coercitivas.⁴⁴

La persistencia de la primacía del mercado sobre el Estado produce una baja de los consumidores debido a que si la distribución de la riqueza es excesivamente mala (véase el caso de América Latina), los consumidores tienden a disminuir, con lo que la economía puede estancarse: si no hay consumo, tampoco se fomentará la producción, sin mencionar los efectos negativos en cuanto al descontento social y el clima de ingobernabilidad que se puede producir.

Lo anterior es un ejemplo que da la idea de que, aunque sea de manera utilitarista (aunque no vemos otra lógica que pueda tener el mercado, a pesar de la ética empresarial y cuestiones de ese tipo que tratan de darle un lado humano), los mercados tienen gran necesidad de un Estado fuerte. El Estado de bienestar sabía manejar la crisis, tal como lo señala John Keane o, mejor dicho “corregir los procesos de socialización, por ejemplo con transferencias legales de recursos a diversos grupos (...) por los procesos de intercambio mercantil”.⁴⁵ Ahora ya no existe tal manejo de crisis y la sociedad es dejada a los vaivenes del mercado.

La sociedad necesita instituciones sólidas que garanticen su adecuado desarrollo; requiere de ciertas certidumbres y bienestar para poder potenciar sus actividades y desarrollar una cultura política adecuada que le permita participar en la toma de decisiones de una manera más activa. Una vida basada en la incertidumbre provoca efectos negativos en cuanto a la participación política y el desarrollo democrático en las sociedades.

Desterritorialización

El mercado, ante su gran movilidad, no tiene límites geográficos, y en algunos casos la falta de instituciones no produce contradicciones. Pensando en el continente africano la carencia de éstas no ha logrado fomentar el surgimiento de mercados que vayan más allá del tráfico de armas y personas; de hecho, la ausencia de instituciones gira en este sentido. El mercado aprovecha todo tipo de resquicio para introducirse en la vida de las personas en la aparición o desaparición de instituciones, según le convenga.

⁴⁴ Zygmunt Bauman, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona, 2005, p. 81.

⁴⁵ John Keane, “Introducción” en Claus Offe, *Contradicciones del Estado de bienestar*, Alianza, Madrid, 1990, p. 18.

La desterritorialización es uno de los principales motivos por los cuales las crisis se hacen inmanejables, debido a que:

invertir en las prestaciones del Estado benefactor ya no parece tan lucrativo; los mismos efectos, y los mejores, pueden obtenerse a costos más bajos. Las “facilidades” logradas en lugares distantes, sin mayor dificultad y bajo los auspicios de gobiernos pocos exigentes, rinden mejores dividendos. Estos nuevos negocios brindan oportunidades sin responsabilidades; y, frente a condiciones tan buenas desde el punto de vista económico, son pocos los empresarios sensatos que, presionados por las duras exigencias de la competencia, insisten en seguir cumpliendo con su responsabilidad frente a sus trabajadores.⁴⁶

Así, la desterritorialización se convierte en una de las principales diferencias entre la globalización y el Estado-nacional, ya que mientras la primera no depende de un lugar en específico, es decir, un territorio, el segundo es “un Estado territorial, que basa su poder en un lugar concreto (en el control de las asociaciones, la aprobación de leyes vinculantes, la defensa de las fronteras, etc.)”.⁴⁷

Pensando en el caso de Asia y América Latina más que en el citado ejemplo de África, sus incipientes instituciones permiten fluir al mercado, tal como lo señala Bauman:

los Estados débiles son justamente lo que necesita el Nuevo Orden Mundial, que con frecuencia se parece a un nuevo desorden mundial, para sustentarse y reproducirse. Es fácil reducir un cuasi Estado débil a la función (útil) de una estación de policía local, capaz de asegurar el mínimo de orden necesario para los negocios, pero sin despertar temores de que pueda limitar la libertad de las compañías globales.⁴⁸

Los mercados necesitaron de Estados fuertes para posicionarse en el lugar que se encuentran pero, llegado el momento, la misma lógica del mercado tiende a menguar la fortaleza de éstos para autopropetuar y sólo los utiliza para subsanar sus propias fallas y evitar grandes pérdidas. Así sucede también con los grandes quebrantos de ciertos monopolios o de empresas con malos manejos que pueden producir una mayor crisis al interior del Estado que termina por acoger a la empresa en cuestión para mitigar los efectos derivados de su mala conducción.

⁴⁶ Zygmunt Bauman, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, op. cit., p. 82.

⁴⁷ Ulrich Beck, *¿Qué es la globalización?: falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, op. cit., p. 19.

⁴⁸ Zygmunt Bauman, *La globalización. Consecuencias humanas*, op. cit., p. 92.

Todo lo anterior tiene su origen en la gran movilidad de las empresas y la posibilidad que éstas adquieren para poder librarse de las restricciones legales o simplemente, adecuar las leyes a lo que éstas llaman “la no restricción del libre mercado”, ya que bajo este argumento y ante la satanización del Estado como sinónimo de ineficiencia, se han producido vacíos legales en áreas que terminan afectando a los trabajadores de las empresas o a países enteros.

Las oligarquías también se están desterritorializando, ya que tienen una movilidad a la que no todos acceden. En muchos lugares, más que tratar de luchar contra la inseguridad, los plutócratas construyen sus espacios alejados de la gente común y corriente. En otras palabras, lejos de quienes para ellos son los “delincuentes” y los que pretenden “hacerles daño”. El único contacto que mantienen con la gente que no pertenece a su grupo social es a través de los servicios que les son proporcionados: el gran ejército de meseros, jardineros, gente que trabaja en sus *clubs*, *spas*, etc.

Estas élites comparten cada vez menos valores y espacios con la gente común y corriente, pues están cercados de manera física y social. Ellos “tienen más en común con sus colegas de Bruselas o Hong Kong que con las masas de americanos que aún no se han conectado a la red mundial de las comunicaciones”.⁴⁹ Cada vez se vuelven más impenetrables sus espacios, lo que crea una inmovilidad social creciente. Pero aunque las élites, principalmente las empresariales, se encuentren alejadas de los espacios comunes, son éstas las que definen los temas de discusión y se convierten en los nuevos poderes fácticos. Son “demasiado poderosas para enfrentarse a ellas y desafiarlas directamente, aun cuando se conociera su ubicación exacta (que no es el caso)”.⁵⁰

Estos agentes son en realidad los poderosos, pues actúan más allá de los “medios tradicionales de la acción política, especialmente fuera del alcance del proceso de negociación y control democrático centrado en el ágora”.⁵¹ Por lo que se vuelven inalcanzables y desarrollan dentro de su medio la subpolítica o espacios de negociación más allá de las instituciones, ya que por medio de éstos actúan con más rapidez y sin ningún tipo de control, con alcances poco claros y consecuencias poco previsibles.

Así, la política adquiere un carácter irreal y artificial, en el sentido de que la preocupación se centra en cuestiones coyunturales e inmediatistas, lo cual

⁴⁹ Christopher Lash, *op. cit.*, p. 38.

⁵⁰ Zygmunt Bauman, *Vidas desperdiciadas. Los parias de la Modernidad*, Paidós, Barcelona, 2005, p. 89.

⁵¹ Zygmunt Bauman, *En busca de la política*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001, p. 108.

sólo refleja el asilamiento al que se encuentra sometida ante estos nuevos actores, teniendo la secreta convicción de que los verdaderos problemas son indisolubles.⁵² Los grandes estadistas, que tenían verdaderos proyectos de nación a largo plazo, están desapareciendo con rapidez, ahora sólo quieren conseguir el poder de manera inmediata y conservarlo el mayor tiempo posible, no importando el costo.

Pero regresando a estas élites, más allá de ser privilegiados económica y socialmente, hasta el momento son los únicos que se han convertido en ciudadanos 100 por ciento cosmopolitas; sus lugares de descanso tienen las mismas características en cualquier país del mundo, y la tecnología les ha dado acceso para el manejo de sus compañías y negocios en todo lugar en tiempo real.

Así, las elites están lejos, mientras la gente común y corriente ha perdido la seguridad que les daba el Estado, por mínima que fuera, en países del Tercer Mundo, o muy amplia, en países del Primer Mundo. Las personas que no son cosmopolitas han perdido garantías en términos de seguridad y bienestar. Sindicatos, seguro de desempleo, seguridad social, subsidios, posibilidad de adquirir una vivienda; todo se ha perdido para las nuevas generaciones. Ahora las personas deben proporcionarse todo aquello que el Estado ya no les puede facilitar. Esta realidad no parecería tan mala si los niveles de ingreso fueran decorosos para el grueso de la población, lo que implicaría una mejor distribución, ya no se diga de la riqueza, pero sí del ingreso. Lo anterior propicia que la construcción de la propia biografía sea imposible, menguada por las limitaciones del propio sistema.

La pérdida del Estado céntrico no implicaba que se fomentara su desaparición. El repensar esta figura se está volviendo una postura reaccionaria, lo que parece indicar que se tiene cierta nostalgia por el viejo Estado de tipo céntrico, y que se quiere regresar al pasado. Pero la realidad es que este discurso (en parte orientado por el Banco Mundial), que pide de nuevo un Estado fuerte, es el mismo que ayuda al mercado a autoperpetuarse, y a mirar al Estado como el gran Leviatán, que por su misma naturaleza omniabarcante no tiene nada que ofrecer hoy.

La mano invisible no se manifiesta. El mercado prometía que si se le permitía actuar libremente, esto es, sin las trabas de la política, se lograría un crecimiento adecuado y por ende un desarrollo que podría incluir a todos. Pero han pasado varios lustros y esta promesa aún no se materializa y parece poco probable que se lleve a cabo.

⁵² Christopher Lash, *op. cit.*, p. 13.

Aunque el crecimiento sí se ha dado, debemos considerar que sólo ha beneficiado a un pequeño bloque de países y personas; los niveles de desarrollo parecen cada vez más lejanos a los que se vivían en la década de los años sesenta.⁵³ Lo más grave es que se ha perdido el principio de bienestar público, “que en su forma más pura, supone la igualdad ante la necesidad, equilibrando las desigualdades existentes en cuanto a capacidad de pago. Y el Estado benefactor delega en sus organismos dependientes la responsabilidad de poner en práctica ese principio”.⁵⁴

Los problemas que están surgiendo en el plano social ante la falta del sentido y seguridad que antes ofrecían los organismos del Estado de bienestar son evidentes: pobreza, desigualdad, comportamientos anómicos, miedo al otro (que se traduce en búsqueda de chivos expiatorios), desconfianza y falta de solidaridad. La ausencia de certeza crea un gran descontrol social para el cual las personas no están preparadas. Tal como lo señala Darhendorf, para que haya libertad en una sociedad debe haber igualdad de oportunidades y eso es de lo que se carece hoy.⁵⁵ Las oportunidades sólo están destinadas para unos cuantos y la inmovilidad social nunca había sido tan manifiesta desde hace más de 100 años.⁵⁶

El Estado era el espacio que mediaba en contra de las contradicciones estructurales que produce el mercado. No obstante, esas contradicciones se siguen manifestando, pero ahora sin ese espacio de conciliación. En consecuencia, “los únicos límites capaces de hacerse sentir y respetar serían los que el poder administrativo impusiera sobre la libertad de movimientos del capital y el dinero. Pero esos límites son escasos, y los pocos que restan sufren tremendas presiones para que se los borre o elimine”.⁵⁷ Ciertamente es que la razón del Estado no sólo se suscribe a un simple mediador de las contradicciones del mercado; también es la encargada de resguardar la libertad

⁵³ Para muestra, el caso de México, en donde el salario mínimo que entró en vigor el 1º de enero de 2006 alcanza para adquirir apenas 16 por ciento de lo que un trabajador podía comprar hace dos décadas con el mismo sueldo; es la remuneración que ha sufrido el mayor, más grave y drástico deterioro de toda América Latina. Véase “El salario mínimo de México, el más deteriorado de América Latina” en *Regional Latinoamericana de la Unión Internacional de Trabajadores de la Alimentación, Agrícolas, Hoteles, Restaurantes, Tabaco y Afines (Rel-UITA)*, disponible en http://www.rel-uita.org/laboral/salario_minimo_mexico.htm, consultado el 4 de enero de 2010.

⁵⁴ Zygmunt Bauman, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, op. cit., p. 73.

⁵⁵ Véase Ralf Dahrendorf, *En busca de un nuevo orden. Una política de libertad para el siglo XXI*, Paidós, Barcelona, 2005.

⁵⁶ Una vez más se pone de manifiesto que, a pesar de que vivimos en un ambiente liberal, dentro de los países del Primer Mundo sigue habiendo contradicciones sistémicas para el desarrollo de los individuos, y ni qué decir de los países en vías de desarrollo.

⁵⁷ Zygmunt Bauman, *La globalización. Consecuencias humanas*, op. cit., p. 19.

y seguridad de los individuos. Con dificultad se pueden resguardar estos dos elementos con Estados débiles, cuyas instituciones son débiles, lo que da pie a consecuencias de lo más variables.

Sin embargo, lo anterior no se pensó. Más allá de encontrar la forma de imponer ciertos límites, los reformistas asumieron que el mercado corregiría sus propias contradicciones, sin pensar cuál sería el costo de las reformas. Todo ello implica que la supuesta racionalidad que se le atribuye al mercado no es siempre tal. La oferta y la demanda no miden las externalidades negativas por sí mismas. Y tal vez no sea éste el papel del mercado ni tenga por qué hacerlo, pero si se despolitiza hasta el punto en el que se convierta en un fin en sí mismo, las fallas se asumirían como naturales e inevitables.

El mercado exige el libre flujo, lo que origina que la “ ‘economía’ se libere progresivamente de todo control político; en verdad, el significado principal del término ‘economía’ es ‘el área de lo no político’ ”.⁵⁸ El Estado queda excluido del juego económico y, ante la vulnerabilidad a la que es sometido por los capitales, no le es posible imponer ninguna reglamentación ni control, y “ante cualquier intento (...), los mercados mundiales responden con medidas punitivas inmediatas y feroces”.⁵⁹

Son evidentes las medidas punitivas ante la falta de compromiso nacional o ante la desterritorialización de los mercados y capitales. Michael Albert señala que “las finanzas ya no se acomodan al marco nacional, demasiado estrecho e insuficiente. Pulverizan las fronteras y obligan a los Estados a someterse”.⁶⁰

Pero más allá de que los Estados logren reposicionarse ante la nueva realidad mundial, sus “poderes han seguido disminuyendo, de modo que su autoridad sobre la gente y sus actividades en el interior de sus fronteras se ha debilitado. Entretanto, las autoridades no estatales influyen cada vez más sobre la gente y sus actividades”.⁶¹

David Held aclara lo anterior señalando que “el Estado moderno está cada vez más atrapado en redes de interconexión mundial permeadas por fuerzas *cuasi* supranacionales, intergubernamentales y transnacionales, y es cada vez menos capaz de determinar su propio destino”.⁶²

En el mismo sentido, en la actualidad, la producción de los significados y valores se dan de manera extraterritorial. Sin embargo, la condición humana, por su propia naturaleza, no se puede dar de manera del todo emancipada de

⁵⁸ *Ibidem*, p. 90.

⁵⁹ *Idem*.

⁶⁰ Michel Albert, *Capitalismo contra capitalismo*, Paidós, Buenos Aires, 1992, pp. 170-171.

⁶¹ Susan Strange, *op. cit.*, p. 8.

⁶² David Held, *op. cit.*, p. 120.

valores; las relaciones sociales no pueden estar totalmente mercantilizadas.⁶³

La globalización, por su parte, exige formas de comportamiento flexibles, fluidas, maleables, elásticas, plásticas, dúctiles y sin compromisos. Quien no se adapta a los cambios está condenado al fracaso. Así, el Estado tenía una estructura tan rígida que la producción de significados se comenzó a dar de manera extraterritorial; ahora éste ya no dicta más los significados y valores de los que antes normaba y garantizaba.

De algún modo la sociedad civil se ha organizado para hacer frente a los nuevos actores y a los mismos Estados, pero ante los primeros parece ser muy poco lo que ha logrado, ya que si bien los Estados difícilmente pueden sustraerse de la presión internacional, debido a que la legitimidad es uno de los principales pilares que los mantiene en pie, en contraparte, las empresas no necesitan tanta legitimidad.

No obstante, por el lado que se vea, el Estado ha sido socavado, por lo que no ha podido hacer frente a los nuevos actores, situación que genera consecuencias sociales bastante negativas. El ejercer la libertad con tan poca seguridad parece contradictorio, ya que ahora desde la derecha y la izquierda debería declararse la falta de seguridad como freno a la libertad. “Seguridad sin libertad equivale a esclavitud (...) mientras que la libertad sin seguridad equivale a estar abandonado o perdido”.⁶⁴

Es así que esta lucha desde la izquierda y la derecha derivó en que el ejercicio de la libertad se convirtió en el atributo de unos cuantos, tal vez para algunos. En el caso de México, la libertad con 50 millones de pobres es un aspecto positivo, porque hay libertad *de jure*. Si el argumento, tal como se expuso con Hayek y Huntington, era la coerción de los individuos por medio de un Estado social y las limitaciones a la libertad democrática para crear un consenso social, esto no se ha logrado con más “libertad” y menos seguridad. Y como se ha señalado, la entrada a una cultura política democrática debería contar con los medios, es decir, con oportunidades de elección efectivas.⁶⁵

En este sentido, de nada sirve arrojar simplemente a los hombres en libertad, aunque esto no quiere decir que consideremos infantes a las personas de los países en desarrollo, sino que la libertad también debe venir acompañada de las oportunidades materiales para que ésta pueda ser ejercida plenamente.⁶⁶ Y para otorgar las seguridades y las oportunidades se necesita

⁶³ Zygmunt Bauman, *La globalización. Consecuencias humanas*, op. cit., p. 9.

⁶⁴ Zygmunt Bauman, *Comunidad en busca de seguridad en un mundo hostil*, Siglo XXI, Madrid, p. 27.

⁶⁵ Véase Ralf Dahrendorf, op. cit., principalmente el primer capítulo: “Nunca nos ha ido tan bien como ahora. Sobre las oportunidades”.

⁶⁶ Hay una increíble reflexión sobre la libertad en la película *Manderlay*, de Lars von Trier. Pocas veces una filmación había logrado tocar las fibras del pensamiento de manera tan profunda.

un buen gobierno —regresando a Adam Smith— y éste sólo se logra a través de políticas que puedan dar certidumbre a la población.

Conclusiones

Aún no podemos dar al Estado por muerto, pero si comparamos la organización estatal de hace 120 años con la de ahora, es lógico que tales entidades sean más fuertes que en esa época. El problema es que lo que se hubiera supuesto como el perfeccionamiento de la maquinaria estatal derivó más bien en el comienzo de su desmembramiento. Hay países, como los escandinavos, en los cuales podemos decir que el Estado tiene plena vigencia; sin embargo, cada vez es más difícil mantener organizaciones estatales fuertes y funcionales ante el nuevo orden económico internacional que produce una homogenización en su comportamiento, tal como se explicó.

Lo importante ahora es pensar cómo se puede resituar al Estado y cuáles pueden ser las nuevas formas de organización transnacional que permitan hacer frente a estos poderes fácticos y construir un nuevo equilibrio entre el Estado y el mercado.

Es necesario también que el Estado, como ente individual, comience a separarse de la idea de la lógica westfaliana, en la cual éste era su único garante. Ante la nueva lógica internacional, esta forma de organización ha dejado de tener tanto sentido, y lo que se necesita es comenzar a pensar de manera global ante los asuntos locales. Un resituamiento de este tipo también reclama el perfeccionamiento o la creación de instituciones a nivel internacional que puedan dar forma a la vieja sociedad anárquica de Bull, pero con la diferencia de que en esta nueva anarquía los que integran la organización internacional son los Estados junto con otros actores.